

cesitó de la intervención y hasta la clausura de algunos medios de información. El caso argentino se diferencia por sus métodos de otras dictaduras latinoamericanas del mismo período debido a la clandestinidad total de las acciones y a su continuidad en el tiempo y el espacio, ya que cubría casi todo el país y no se limitaba a los grandes centros urbanos. Entre 1976 y 1982 operaron en la Argentina 340 centros de detención clandestinos repartidos en 11 de las 23 provincias, pues se trataba de un operativo a gran escala y sumamente articulado.

Es muy difícil abordar el problema de los desaparecidos desde el punto de vista de un análisis del comportamiento de la prensa argentina en ese período porque su tematización es el resultado de un conjunto de estrategias discursivas complejas y conflictuales que ponen a prueba no sólo una teoría de la recepción de los discursos mediáticos sino también una teoría semiótica de las pasiones intra y extradiscursivas. Por una parte, esta estrategia fue el producto de una serie complicada de operaciones de expulsión y de negación de identidades en el discurso hegemónico de los militares, aquello que Isidoro Cheresky llamó “la desaparición de los desaparecidos” (Cheresky 1997: 1-19), pero fue también el resultado de acciones. Los familiares primero, luego las organizaciones de derechos humanos nacionales e internacionales, y finalmente la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP), creada en 1983 bajo el gobierno del doctor Raúl Alfonsín, tuvieron como objetivo primordial hacer emerger en la escena pública nacional a este actor social, contribuyendo a construir el colectivo de identificación “desaparecido”. Esta estructura polémica opone a nivel de la discursividad social dos programas de identificación contrapuestos e incompatibles: antisujeto por excelencia en el discurso militar, sujeto patémico ligado estrechamente a la categoría constitutiva del “ser” de los sujetos en el discurso de los familiares y organismos de derechos humanos.

Los juicios iniciados a las Juntas Militares a partir de 1985 —procesos que se continúan aun hoy contra algunos represores impunes— fueron sin duda el punto culminante de reconocimiento de la identidad de un sector sociocultural de argentinos que atravesaba todas las categorías sociales y todas las edades y, al mismo tiempo, de la voluntad del gobierno democrático de establecer un estado de derecho (Cheresky-Chonchol (eds.) 1985; AA.VV. 1995; Jelin y Hershberg (eds.) 1996). Y sin embargo, un estudio sobre todo el período, tomando como objeto la producción, circulación y recepción de los discursos militares en la sociedad y en los medios argentinos está todavía por hacerse. El objetivo limitado de este estudio no es trazar una cartografía taxonómica y lexical del campo semántico de los estados pasionales desplegados en la prensa, sino formular algunas preguntas provisorias sobre la articu-

lación entre algunas estrategias discursivas y los *efectos de sentido* que son las acciones concretas de respuesta y de resistencia. La dimensión pasional aparece ligada de modo indisoluble a la semiosis social porque ella es una de las condiciones del interpretante.

En las declaraciones reiteradas del poder militar, la figura del desaparecido es admitida muy tardíamente, luego de la guerra de las Malvinas. Estos aparecen en primer lugar como una inferencia semántica del contenido del discurso, ocupado en trazar el “adentro” y el “afuera” del campo social donde inscribir a la subversión y al terrorismo y su sistema de causalidades ligadas a la guerra fría: “No se trata de un fenómeno de incompreensión entre argentinos [...] el gobierno y el pueblo han debido hacer frente a verdaderas acciones de guerra contra un enemigo que aplica procedimientos insidiosos y cuenta con el apoyo internacional” (*La Nación* 23/11/79) afirmaba el ministro del Interior, general Albano Harguindeguy; “Comprendemos el dolor de esa madre y de esa esposa que han perdido a un hijo o a un marido, de los cuales nosotros no podemos dar noticias porque ha entrado sin duda en la clandestinidad, o bien porque ha desaparecido por cobardía al cambiar de nombre y escapar del país, o bien porque su cuerpo mutilado no ha podido ser identificado en un combate” explicaba el general Jorge Videla (*La Nación* 9/9/77). El discurso militar apela a la cooperación del lector para que saque sus conclusiones, a toda una actividad interpretativa de los destinatarios. La CONADEP contará, a posteriori, 14.756 desaparecidos en el momento en que Videla pronunciaba su discurso.

2. LA CONSTRUCCIÓN DEL DISPOSITIVO

La irrupción en la escena pública del sujeto “desaparecidos” y sus condiciones de verdad será confrontado por una parte con la construcción ficcional de la sociedad hecha por el discurso militar y por la otra con el sistema de cohabitación entre el sistema de los medios y el discurso hegemónico militar —¿podían ser nombrados?— ¿bajo qué forma de identidad discursiva podían aparecer en los medios?— con la experiencia del lector común, el ciudadano, aquel que tenía un familiar, un amigo, que había desaparecido, es decir, con quienes tenían una experiencia *directa y no mediatizada* de los hechos, y que un día empezaron a reclamar en la calle, primero prudentemente, luego sistemáticamente la “aparición con vida”.²

Esta lucha por la definición y el contenido de una palabra, por la identidad de un actor social inédito en la historia nacional, puso en crisis de manera violenta y cotidiana las formas de enunciación, las modelizaciones

del discurso de la información, obligando a su vez al discurso militar a tomar la defensiva, primero negando, luego dando explicaciones con cuentagotas, finalmente proponiendo consignas de lectura a fin de que los ciudadanos comprendieran que “no han sido personas las que han desaparecido, sino subversivos”.³

Mi hipótesis es que el caso de los desaparecidos se construye como un verdadero *dispositivo discursivo pasional* en el sentido de Michel Foucault, para quien un dispositivo aparece cuando se establece la alianza estable entre la instancia del Poder, la visibilidad y la transformación enunciativa (Foucault 1969, 1971). En este caso estamos frente a un dispositivo porque aparece estrechamente ligado al poder militar en tanto que *aparato*, que decidía lo que podía o no ser nombrado, al poder de los medios en cuanto *operadores de visibilidad* de la palabra pública, pero también ligado al poder de denuncia y resistencia de los familiares de las víctimas en una suerte de régimen de apropiación, de *negación* y de transformación de la palabra oficial.

Dispositivo además porque implica una práctica *disciplinaria* de la sociedad tendiente a un cambio en el comportamiento social. En los términos del almirante Lambruschini “tenemos necesidad de nuevos hábitos de comportamiento colectivo” (*La Nación* 23/11/79), y el general Videla lo recuerda cuando se despidió del cargo de presidente de la Junta Militar en marzo de 1981: “La modificación sustancial de nuestro comportamiento social depende de la voluntad que cada uno de nosotros pondrá en obtenerlo” (*La Nación* 27/3/81). Dos características me parecen pertinentes en la descripción de este dispositivo:

a. su dimensión fuertemente *temporal* y su continuidad en el tiempo, la manipulación temporal hecha por el discurso militar que daba en forma “dosificada” las informaciones sobre las víctimas, provocando en los receptores un sentimiento de desesperanza, pero también de lucha entre las modalidades del saber/no saber y del poder/impotencia.

b. una verdadera *economía pasional* con la evolución, en recepción, de la pasión de la espera desde la indignación hasta la furia que atravesó todo el espacio ciudadano.

La naturaleza profundamente polémica y no consensual de este dispositivo afronta dos tipos de regímenes de producción de la verdad:

a. el del *secreto*, aquello que los responsables de las desapariciones sabían y no querían decir, o aquello que las familias no podían hacer circular, palabra eminentemente privada –en el sentido de privativa pero también de privación de poder para circular– que no podía acceder a la superficie social.

b. el de la *certeza*, la convicción del cuerpo vivido, privado, que recién se vuelve público cuando se hace *colectivo*: “Nuestros hijos no desaparecieron

en un campo de batalla, bajo el fuego de la acción. Fueron arrancados desarraigados de sus casas, arrestados en la calle, o en sus lugares de trabajo por las fuerzas de seguridad” decía uno de los comunicados de las Madres de Plaza de Mayo (*La Prensa* 10/4/80).

¿Cómo se presenta este dispositivo? Estamos frente a varios problemas de naturaleza diferente: por una parte el de reconocer una *dimensión enunciativa* a fin de determinar la identidad de los actores y las relaciones que establecen entre ellos en el interior de los medios, una suerte de puesta en presencia compleja puesto que, por definición, la enunciación es la actualización de un yo –aquí y ahora– del discurso; es una dimensión de los vivos y sólo los muertos escapan a ella (Latour 1999). Por otra parte el de reconocer una *dimensión modal*, que permita analizar cómo son calificados, legitimados, quién habla en nombre de quién, en qué régimen de verdad se integran. Por último la *dimensión pasional* sugiere el problema de las formas de *recepción* de estos discursos. La circulación de los discursos sociales genera, por el hecho mismo de circular, un contexto extra e interdiscursivo, y Eliseo Verón ha subrayado, pionero, la importancia fundamental del estudio de la recepción en tanto que elemento constitutivo de la semiosis social (Verón 1978, 1987).

Creo sin embargo que los discursos sociales pueden no necesariamente generar sólo un campo de efectos cognitivos –se les cree, se los pone en duda, y en este sentido el discurso militar, analizado exclusivamente en su dimensión cognitiva, no tuvo poder–⁴ sino producir una serie de efectos *patémicos*: uno adhiere, los rechaza, los provoca. Y es precisamente a partir del desacuerdo y la polémica sobre la identidad de los actores que se revela la dimensión pasional que atraviesa algunos discursos sociales.

“Argentinos: he sido, como todos los argentinos, espectador y actor de este desgraciado concurso de circunstancias que ha puesto a nuestra Argentina en peligro de destrucción [...] la agresión subversiva ha ensayado imponer su pretendida revolución [...] pero el pueblo de la nación ha comprendido” afirmaba Videla en su discurso de despedida. Esta operación de embrague, incluyendo al enunciatador en el discurso como formando parte de la sociedad, y la de *débrayage* enunciativo, autorizándolo a ver la realidad desde el exterior, le permiten articular las condiciones de adhesión: “Nadie puede contestar hoy que existe una disciplina mayor [...], nadie puede dudar del hecho que hemos avanzado [...], nadie puede ignorar” (*La Nación* 27/3/81). Si nadie está exento, ¿quién es el que queda *fuera* de este discurso?

Si los militares tenían una teoría “ideal” de la comunicación, es porque tenían una hipótesis sobre lo social y su funcionamiento fusional con las Fuerzas Armadas. De allí el uso frecuente de metáforas sobre la enfermedad del cuerpo social, enfermo de violencia, de la infiltración de ideas disol-

ventes, por lo que la intervención militar se presentará como una verdadera operación de ortopedia enunciativa que permitirá alcanzar la normalidad, es decir, la ausencia de desacuerdos. En este paraíso del Código común a todos los actores, el riesgo que se corre es el de una decodificación aberrante, de una interpretación equivocada, o simplemente del olvido de las consignas. Este riesgo está implícitamente representado por un actor social fuera de la relación fusional Emisor/Receptor, hablante de otra lengua, con otros proyectos sobre lo social, un verdadero “bárbaro”.⁵ Y este actor social imposible no puede ser definido sino por su ausencia de lugar en el circuito enunciativo.

3. LA IDENTIFICACIÓN CONFLICTUAL

La naturaleza profundamente conflictual de la identificación discursiva aparece claramente a lo largo de los años 1979 y 1980, cuando los organismos internacionales de derechos humanos llegan a la Argentina y se hace público el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA (CIDH). Los principales periódicos publican el capítulo sobre las violaciones en la Argentina (*La Nación* 8/2/80). La lista de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos contaba 6500 casos entre 1976 y 1979, los abogados de Nueva York que visitaron la Argentina en 1979 reportaron 10.000 denuncias y Amnesty International avanzaba la cifra cercana a los 20.000 desaparecidos en ese período. El Gobierno argentino rechaza el documento de la OEA argumentando injerencia en asuntos internos y el diario *La Nación*, en su editorial, interpela a los Estados Unidos de no “equivocarse” de campo, pues la Argentina venía de librar una “guerra contra la subversión marxista-leninista”.⁶ Se trata de la interpretación vernácula no sólo de la doctrina de la seguridad interior americana sino de la guerra fría en territorio austral.

No hubo discurso militar de la época que no haya expulsado simultáneamente al desaparecido del relato oficial y que no haya, al mismo tiempo, autorizado la inferencia por su integración implícita en el colectivo de identificación “terrorista” o “subversivo”. Este escenario enunciativo se mantendrá intacto durante toda la dictadura, como una verdadera isotopía, persistirá luego de la derrota de Malvinas, se volverá invariable frente a las acusaciones de la Comunidad Europea, será repetido hasta el cansancio a los periodistas extranjeros que preguntaban por su suerte, con un espíritu de cuerpo que recuerda a los “equipos de representación” de los que hablaba Erwin Goffman para designar a todo grupo de personas que coopera para la puesta en escena de una rutina particular. Lo que discuten las Fuerzas Armadas es la definición

del marco de la situación, y por esta razón el caso de los desaparecidos constituye un verdadero dispositivo discursivo: porque *fija una sola y excluyente interpretación* posible de los hechos. Para la misma época y frente a la gravedad de las desapariciones, Francia propone a las Naciones Unidas la creación de una comisión de expertos que se reunirá en mayo de 1980 bajo la forma de un grupo de trabajo (*La Nación* 3/3/80).

En el Documento Final sobre la lucha anti-subversiva (sic) hecho público en mayo de 1983, a cinco meses solamente de la elección presidencial que restituiría la democracia en la Argentina luego de la crisis producida por la derrota en Malvinas, la Junta Militar persiste en su denegación, pero enuncia por primera vez la posibilidad de un cambio de estado: los desaparecidos están muertos. Declarando que no existen ni lugares secretos ni detenidos clandestinos, y que los que “figuran en las listas de desaparecidos y que no se encuentran en el exilio o en la clandestinidad, son jurídica y administrativamente considerados muertos” (*La Nación* 2/5/83), se cierra el ciclo abierto por el general Videla sobre su estatuto legal. Casi veinte años después y frente a un periodista italiano del periódico *La Repubblica*, Videla persiste y afirma: “Non potevamo processarli e fucilarli, la società argentina non avrebbe sopportato uno stillicidio del genere. L'unica soluzione era farli sparire. Fummo tutti d'accordo [...]. Che potevamo dire? Perché se avessimo ammesso i morti, già allora ci avrebbero fatto domande alle quali non potevamo rispondere: chi li uccise? quando? come?” (*La Repubblica* 27/2/01).

4. LA PASIÓN DE LA BÚSQUEDA

El 26 de agosto de 1977 aparece por primera vez en el periódico de lengua inglesa editado en la Argentina, *The Herald Tribune*, la noticia de que “11 personas han sido arrestadas en Plaza de Mayo”. El artículo se refiere a los manifestantes como “the mad women de la Plaza de Mayo”, sobrenombre que guardarán desde entonces (Goni 1996: 48). Las Madres publicarán su primer comunicado el miércoles 5 de octubre de 1977 con el título “No pedimos más que la verdad”, y el 14 de octubre manifestarán frente al Congreso para entregar una petición firmada por 24.000 personas, en la cual se consignaban 571 desaparecidos: el evento fue cubierto por la CBS, la agencia France Press, la United Press y la Associated Press, pero por ningún periodista argentino (Goni 1996: 54-55).

Inicialmente el grupo estaba constituido por 14 mujeres de 40 a 60 años que se habían conocido en los largos trámites de la búsqueda de sus hijos y decidieron manifestar su dolor y cólera, exigiendo que aparezcan con vi-

da. Las marchas alrededor de la Pirámide de Mayo, en la plaza homónima que ocupa el centro de la ciudad de Buenos Aires, comenzaron el 30 de abril de 1976, casi inmediatamente después del golpe de Estado. Recién en 1980, cuando llegan los primeros organismos internacionales de derechos humanos a la Argentina intentarán que sus compatriotas compartan las protestas que se elevan desde el extranjero y la imagen de las Madres comienza a circular en el mundo. En agosto logran publicar un comunicado en el diario *Clarín*, donde las demandas de los familiares de los desaparecidos son sostenidas por algunas personalidades de la vida nacional (Madres de Plaza de Mayo 1996: 6, 7, 11; Nino 1997: 101).

Durante 1980, período en el cual se concentra la mayor cantidad de declaraciones del Gobierno sobre la acción de los subversivos y la negativa más recalcitrante a explicar la condición de los desaparecidos, las Madres presentan una nueva petición en su búsqueda de la identificación de las víctimas, donde piden que sea publicada la lista de detenidos, el lugar donde se encuentran y las razones de su detención. Finalmente, tratando de construir otra inteligibilidad, atribuyen la responsabilidad de los crímenes a las acciones militares y repudian “la exigencia del gobierno que el pueblo —y las familias de los desaparecidos— acepte como un hecho legítimo la existencia de detenidos-desaparecidos, y hasta su muerte presunta” (*La Nación* 18/8/80).

El año siguiente, y cuando la discusión social se halla en curso para definir el cuadro de identificación de los desaparecidos y el discurso militar ensaya construir un “nosotros” que los excluya, las Madres son reprimidas con dureza y sistemáticamente arrestadas durante las tradicionales marchas de los jueves. La forma en que la noticia se comunica en los medios es interesante porque por primera vez su pedido aparece como proviniendo del conjunto de la sociedad: “El llamado grupo de ‘Madres de Plaza de Mayo’ efectuó su habitual manifestación de los jueves en la Plaza de Mayo pidiendo por los familiares desaparecidos. La Policía impidió la reunión y arrestó a 68 personas. El Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel declaró: ‘Sabemos que estos hechos se inscriben en la escalada de medidas represivas contra el conjunto de la sociedad’” (*La Nación* 13/3/81). En el año 1983 y a un mes de las elecciones presidenciales, las Madres organizan tres Marchas de la Resistencia, con afiches gigantes que llevan impresos las fotos de sus hijos y contornos de manos bajo la consigna “Dele una mano a los desaparecidos”.

Si analizamos esta breve síntesis como constituyendo, a nivel de la recepción, las respuestas de un sector de la sociedad argentina frente a los discursos y a la interpretación militar de la historia, podríamos afirmar que no hubo respuesta de la parte de los familiares que no haya tratado sistemática y desesperadamente de romper el colectivo de identificación “desaparecidos”

construido por el discurso militar, a través de una acción tendiente a visualizar, identificar, definir las identidades sociales al mismo tiempo que redefinir el marco de la situación: ¿se trataba de una guerra o de violaciones de los derechos humanos? La consigna que acompaña toda la época “Aparición con vida”, y que se transforma durante la guerra contra Gran Bretaña en “Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”, trata de penetrar el dispositivo discursivo militar para construir una identidad social “otra”, no marcada. Y también toda la búsqueda de las Madres puede ser leída como la transformación de pasiones dubitativas (como la esperanza, la espera, el temor o la angustia) en pasiones de fracaso, como la decepción, la amargura, la desesperanza o el duelo. Este abanico de pasiones fue compartido por un gran sector de la sociedad argentina al final de la dictadura; me atrevería a decir que la sociedad argentina estuvo *modalizada* por la evolución de los roles patémicos de las Madres. El final de la guerra de las Malvinas marcará la transformación de un sujeto colectivo de estado que sufre, en un sujeto colectivo del hacer, y la espera, lugar de pasividad por excelencia, se transforma, gracias a las Madres, en un programa de acción colectivo.

Si la producción del discurso militar expulsa al desaparecido buscando sustraerlo del dispositivo de la enunciación, construyendo enunciados imposibles porque negaban la noción de identificación, la operación, desde el punto de vista de los familiares, fue lo opuesto: la e-vocación sistemática, la in-vocación de la presencia, la con-vocación de los ausentes en el espacio-tiempo de la enunciación, la designación en detalle, por medio de fotografías gigantes de su identidad y la afirmación de que no morirán. Bruno Latour ha llamado este régimen particular de enunciación “un régimen de religión” (Latour 1999: 89), porque la enunciación llena con la presencia efectiva las palabras vacías “yo”, “tú”, “aquí”, “ahora”, repetidas como si fueran la primera vez.

Según Umberto Eco, para que exista una semiótica de las pasiones hace falta que el texto tenga las características de un poder “patógeno”, que sea posible reconocer una acción del texto sobre el destinatario. Sugiero que la dimensión pasional es constitutiva de los procesos de mediatización, que ella atraviesa a la semiosis social y es del orden de la recepción de los discursos. Y esta afirmación pone al analista en situación de señalar al menos dos órdenes de problemas diferentes. Por una parte, un nivel intersubjetivo del discurso, la construcción de un lector modelo, objetivo sin duda del discurso militar que por medio de consignas bien concretas señalaba el modo en que sus discursos debían ser recibidos y comprendidos. Este nivel es de naturaleza *persuasiva* porque trata de elucidar aquello que los enunciatarios pueden hacer con los discursos, el tipo de pasión que esperan suscitar.

Por otra parte, un nivel extradiscursivo que permite enunciar ciertas hipótesis sobre aquello que los receptores hacen *efectivamente* con los discursos, y no solamente el *modo* en que los interpretan. Esta distinción entre uso e interpretación de los textos ha sido sugerida por cierto por el mismo Eco cuando explica la naturaleza diferente de las estrategias intencionales de un autor y las estrategias de decodificación de los lectores (Eco 1979, 1987). Subsisten sin embargo algunas preguntas: ¿cuál es el lugar del analista? El análisis de la recepción de los discursos ¿es extra o intradiscursivo? ¿Está ya predeterminada e inscrita en la producción de los discursos mismos? La respuesta que da la semiótica greimasiana es clara, habiendo definido a la pasión como una organización *sintagmática* “d'états d'âme, en entendant par là l'habillage discursif de l'être modélisé des sujets narratifs” (Greimas-Courtés 1986: 162). Pero si nos colocamos en el nivel de un análisis de la interacción discurso-acción y vemos a la dimensión pasional como siendo *ya* una respuesta, el papel metodológico de la semiótica —señalado por Paolo Fabbri— será el de la intersección “tra significato del linguaggio naturale, una logica cognitiva e una logica strategica” (Fabbri 1987: 204).

Considero importante señalar que los primeros efectos que produjo el discurso militar argentino a propósito de los desaparecidos —y de allí el interés del estudio— han sido acciones concretas de negación y de memoria: manifestaciones, simbólicos pañuelos blancos en la cabeza, afiches con las fotografías de los hijos muertos. He analizado en otro lugar el modo como, llevadas hasta sus últimas consecuencias, las manifestaciones espontáneas de la Plaza de Mayo luego del anuncio de la Junta Militar de la capitulación argentina frente a Gran Bretaña en junio de 1982 podían ser leídas en la dimensión pasional como la expresión de un sector de lectores desilusionados porque habían seguido todas las operaciones enunciativas y modales propuestas por el discurso militar y se habían constituido como lectores-modelo de este discurso (Escudero 1996): un lector sumiso, crédulo, confiado, que se vuelve refractario, no cooperativo, negador del pacto comunicativo y de los roles propuestos por la estrategia militar al conocer la derrota. Y este doble lector, potencialmente generado por todo discurso —el permanente “riesgo” del discurso es el de la decodificación aberrante— introduce a su vez otro orden de problemas, de naturaleza compleja, el de la articulación entre la creencia y la adhesión a los discursos.

Problema también este de naturaleza pasional, al que los hombres políticos y los estrategas del marketing político se encuentran enfrentados en cada elección, porque pertenece al dominio de los efectos; el régimen de la creencia es paradójico porque no se sitúa exclusivamente en el orden del enunciado sino en el de la legitimidad de la fuente enunciativa, del pacto de con-

fianza establecido con anterioridad entre lectores y espectadores del ritual por una parte y entre actores sociales y medios por la otra. Y esta afirmación pone en escena la necesaria mediación de los medios en la puesta en marcha de un mecanismo narrativo que atraviesa los discursos permitiendo una articulación entre sujetos, acciones y pasiones. Si el complejo régimen de la creencia es central en la producción del discurso religioso —y no podría ser de otro modo, el sacerdote se constituye por excelencia en la legitimidad de la mediación divina—, en los medios esta creencia se organizará a partir de una intrincada red de legitimidades.

5. LA DISONANCIA SOCIAL

El género informativo tiene, como característica esencial, el hecho de “contarnos la verdad de los hechos”, narrarnos un mundo que está afuera y del que nosotros, lectores o espectadores, sólo tenemos una experiencia mediaticada, es decir, no directa. La confianza que acordamos a un medio viene, entre otras cosas, del hecho de que el relato que nos cuenta encuadra con nuestro sistema de expectativas. Por cierto que la creencia en ese relato es el resultado de estrategias de persuasión, pero estas se encuentran sin duda inscritas en la naturaleza misma de la mediación, en una suerte de “contrato mediático” entre lectores y espectadores que delegan la confianza en los medios como institución, para evitar fracasos comunicativos. El componente narrativo de los medios no es neutro: suscita siempre una serie de adhesiones o de rechazos, de curiosidad o de indiferencia, de odio o de amor, en síntesis, una serie de pasiones indudablemente inscritas en el discurso pero que lo trascienden en esa particular relación de delegación instaurada por el discurso de los medios (Escudero 1997).

En la voz “Pasión” del diccionario de Greimas-Courtés, Paolo Fabbri presenta esta paradoja: si uno acepta que la pasión designa los *efectos de sentido* que surgen en el campo narrativo y se expresan a través de una figuratividad ligada al sujeto, ella debe ser analizada en un nivel estrictamente narrativo (Greimas-Courtés 1986: 163). Pero lo que sorprende, cuando uno analiza el discurso sobre los desaparecidos, es más bien la *ausencia* de narración. Mientras que en el relato de la guerra o en aquel de la guerra contra la subversión, el hecho mismo de narrar (es decir, de poner en relación actores con acciones y transformaciones de estado) implica establecer una causalidad temporal, una especie de historicidad interna, con los desaparecidos no hay narración, no hay identificación de actores, no hay transformaciones modales: es que las causas no pueden ser relatadas, las acciones no pueden ser jus-

tificadas, la historia no puede ser narrada, porque el ausente de la enunciación no puede ser *nombrado*. Es por definición, un *anti-relato*.

Por esto la eliminación de las trazas, de los documentos, de los cadáveres y de los lugares, las tumbas NN, el hecho mismo de la imposibilidad para los secuestrados de reconocer a sus carceleros, es a la vez una operación de hacer desaparecer toda traza de relato, toda posibilidad de establecer una relación entre los hechos. Si el componente narrativo de la información tiene como uno de sus efectos mayores el de generar un conjunto de creencias y de pasiones concomitantes —se cree, no se cree, se duda, se adhiere, se rechaza— y también de lealtades y de legitimidades —le creo a este periodista, sigo esta emisión, compro fielmente este diario— los desaparecidos tienen otro estatuto: se trata de un verdadero *dispositivo discursivo estratégico* porque se integran a un régimen de Poder: quién tiene el poder colectivo de nombrar o de hacer desaparecer de los discursos sociales y cuáles son las acciones para resistir a ese poder.

En muy raras ocasiones, que podríamos caracterizar como fracasos comunicativos porque muestran la ruptura, la verdadera naturaleza conflictual de la comunicación, el sistema de visibilidad de los medios de información se vuelve un espacio de lucha que se juega palabra a palabra, columna contra columna, entre titulares y copetes, entre afirmaciones y editoriales, entre identificaciones y desmentidos, entre espías e informantes, y donde las pasiones desplegadas no están solamente *inscriptas* en el discurso sino presentes en las respuestas a estos discursos publicados a su vez en los medios, pero también manifestados en la calle, manifestaciones que a su vez alimentaban la crónica de los medios, en una semiosis sin fin. La fascinación que los medios han ejercido sobre los semiólogos reside, a mi entender, en la complejidad y heterogeneidad intrínseca de su producción y de su recepción, atravesados por múltiples regímenes discursivos, suscitando múltiples pasiones, y donde el riesgo de ruptura del contrato mediático está siempre presente. Una suerte de gran caja de asonancias y disonancias de la semiosis social. El gobierno militar fracasó en su intento de imponer a la sociedad argentina una teoría de la comunicación basada en un Código común y transparente. En efecto, el sueño del discurso autoritario es sin duda el de la producción de una suerte de texto inviolable que tenga un único tipo de lector-modelo: el Lector Cautivo.

NOTAS

1. El comunicado nº 19 de la Junta Militar del 26/3/79 prohibía la divulgación en los medios de las actividades de la “subversión” y de las organizaciones armadas que operaban en el territorio nacional bajo pena de diez años de cárcel.
2. Nora Cortinas, madre fundadora del Movimiento Madres de Plaza de Mayo, afirmaba: “La consigna ‘aparición con vida’ no es sólo una consigna sino un deseo y a la vez una acusación. No es una locura. Las Madres lo sabemos bien, a pesar de que sea doloroso decirlo, que la mayoría de los desaparecidos han sido asesinados. Pero nosotros creemos que para todo el pueblo argentino exigir ‘Aparición con vida’ es la cosa más justa que podemos hacer, porque si no aparecen significa que hay muchos responsables, y entonces es la Justicia la que debe actuar”. Citada en M. Sonderegger (1989); E. Jelin (ed.) (1995: 116).
3. Declaraciones del general Camps, jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires, reproducidas en Revista *Pueblo* 27/1/83. Véase también *La Repubblica* 27/2/01.
4. Como bien lo ha señalado el estudio de Silvia Sigal, donde afirma que los discursos militares “no tenían voluntad credógena” sino que eran fundamentalmente discursos para los pares del arma. Véase S. Sigal e I. Santi (1985).
5. Sobre la noción de “bárbaro” en semiótica, véase Lotman (1985).
6. Editoriales de *La Nación*, 11/2/80 “Protesta argentina en Washington”, 11/2/80 “Los principios y los intereses”, 2/2/81 “La defensa de nuestra civilización”, 17/12/80 “Los derechos humanos”. Todos sin excepción apoyan a las Fuerzas Armadas en su lucha contra la “subversión”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (1995) *Juicio. Castigo. Memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- CORRAIN, L. y BASSO, P. (eds.) (1999) *Eloquio del senso. Saggi intorno a Paolo Fabbrì*. Milán: Esculapio.
- CHERESKY, I. (1997) “La inadmisibile desaparición de personas”. Mimeo.
- CHERESKY, I. y CHONCHOL, J. (eds.) (1985) *Crisis y transformación de los regímenes autoritarios*. Buenos Aires: Eudeba.
- ECO, U. (1979) *Lector in fabula*. Milán: Bompiani.
- (1987) “Notes sur la sémiotique de la réception”, *Actes Sémiotiques IX* (81).
- ESCUADERO CHAUVEL, L. (1996) *Malvinas, el gran relato. Fuente y rumores en la información de guerra*. Barcelona: Gedisa.
- (1997) “The Media Contract” en *Semiotics of the Media* de W. Nöth (ed.). Nueva York, Berlín: De Gruyter.

- FABBRI, P. (1987) "Postfazione. A passione veduta: il vaglio semiótico", *Versus* 47/48, 203-233.
- FOUCAULT, M. (1969) *L'archéologie du savoir*. París: Gallimard. N.R.F.
- (1971) *L'ordre du discours*. París: Gallimard. N.R.F.
- GREIMAS, A. J. y COURTÉS, J. (1986) *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*. Vol. 2. París: Hachette.
- GONI, U. (1996) *El infiltrado. La verdadera historia de Alfredo Astiz*. Buenos Aires: Sudamericana.
- JELIN, E. (ed.) (1989 [1995]) *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: CELA.
- JELIN, E. y HERSHBERG, E. (eds.) (1996) *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*. Buenos Aires: Nueva Sociedad.
- LATOUR, B. (1999) "Piccola filosofia dell'enunciazione" en L. Corrain y P. Basso (eds.).
- LEDESMA, M. DEL V. (1990) "Immagine e nome propio. Uno studio sulle silhouettes dei desaparecidos" en *Idee* 13/15, 131-136. Rivista di Filosofia. Lecce: Milella.
- LOTMAN, Y. (1985) *La Semiosfera*. Milán: Marsilio.
- MADRES DE PLAZA DE MAYO (1996) *Historia de las Madres de Plaza de Mayo*. Buenos Aires: EMPM.
- NINO, C. (1997) *Juicio al mal absoluto*. Buenos Aires: Emecé.
- SIGAL, S. y SANTI, I. (1985) "El discurso del régimen autoritario. Un estudio comparado" en I. Cheresky y J. Chonchol (eds.) (1985).
- SONDEREGUER, M. (1989) "'Aparición con vida'. El Movimiento de los Derechos Humanos en la Argentina" en E. Jelin (ed.) (1989: 157-181).
- VERÓN, E. (1978) "Sémiosis de l'idéologie et du pouvoir", *Communications* 28. París: Seuil.
- (1987) *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.

ABSTRACT

During the Argentine dictatorship (1976-1983) there were a great repression and a media blackout about missing persons. This paper explores the discursive strategies of the military discourse to hide the problem and the families answers. The missing could be a study case because it establishes an argumentative device in the media and show how the passions are constitutive of the discourse reception and interaction.

Lucrecia Escudero Chauvel fue profesora de Semiología de los Medios en las universidades de Rosario y Buenos Aires, se especializó en Ciencias del Lenguaje en la Universidad de París XIII y se doctoró en Semiótica en la Universidad de Bolonia. Actualmente es profesora de Teoría y Modelos de la Comunicación en la Universidad de Lille 3 y de Teoría de los Signos en la Universidad de París VIII. Entre sus publicaciones figuran *The Media Truth* (Toronto University Press, 1997) y *Malvinas el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra* (Barcelona: Gedisa, 1996) y en colaboración con Eliseo Verón *Telenovela, ficción popular y mutaciones culturales* (Barcelona: Gedisa, 1997). E-mail: lucreciachauvel@aol.com